

PAPÚA NUEVA GUINEA



¡VUELVE A CASA!

5 de diciembre

[Pida a una joven que presente este relato en primera persona.]

Crecí en un hogar adventista en Brasil. Pero mi fe fue sacudida cuando mis padres se divorciaron y mi abuelo murió repentinamente. ¿Cómo puede un Dios amante quitármelo de esta manera?, me pregunté.

Dejé de asistir a la iglesia y me fui con mis amigos no adventistas. Mi familia trató de hacerme razonar, pero no quería que me dijeran lo que tenía que hacer. Quería vivir mi propia vida. Por lo tanto, durante mi último año en la universidad, mi novio y yo decidimos escaparnos e irnos lo más lejos posible de Brasil. Nos mudamos a Nueva Zelanda.

Sin embargo, nuestra nueva vida en ese lugar no era tan glamorosa como nos lo habíamos imaginado. Vivimos en una camioneta y apenas podíamos comprar pan. Nos mudamos a Australia y encontramos trabajo en un restaurante. Trabajamos mucho para poder pagar las cuentas, pero odiaba esa vida. Extrañaba mi casa y a mi familia. Me sentía sola y miserable. Pero mi orgullo no me dejaba regresar a casa.

Un cambio de corazón

Cuando me embaracé, extrañé a mi madre más que nunca. Ella me rogó que volviera a casa de visita, y así lo hice. Pedí perdón por la forma como había actuado. Mi madre es mi roca; me ayudó a sentirme fuerte nuevamente.

Me reconcilié con mi familia, y regresé a Australia más contenta. Encontré una iglesia adventista y comencé a asistir a ella. La gente me abrió sus brazos y me sentí amada, aun cuando no tenía ropa decente que ponerme. Me sentí segura allí y pude actuar como yo misma, sin tener que fingir lo que no era, y de esa manera reconocer a Dios. Me sentí feliz.

Unos pocos meses después nació nuestro hijo. Cesar y yo regresamos a Nueva Zelandia a comenzar una nueva vida. Encontré un pequeño grupo de creyentes que me ayudaron a alimentar mi alma. Llevé a mi hijo y mi pequeña hija a la iglesia, y les encantó. Comencé a apreciar el sábado como nunca antes lo había hecho. Cuando era más joven pensaba que el sábado era el día que no podía hacer nada. No podía ver televisión, no podía jugar con mis amigas. Lo único que podía hacer era sentarme y escuchar sermones que no comprendía. Pero, de repente, comencé a ver el sábado como un día de descanso físico que tenía el propósito de ayudarme espiritualmente.

Bendición sorpresiva

Pero un día me lastimé la rodilla mientras esquiaba. Sentía un dolor terrible. Los doctores me enyesaron la pierna, desde

la cadera hasta el tobillo. Pero mi rodilla se inflamó, y tuve que regresar al hospital. Los médicos dijeron que tenía una rodilla fracturada. Me volvieron a enyesar y me enviaron a casa. No podía caminar ni trabajar.

Temía tener que usar el yeso por seis semanas y no poder moverme dentro de la casa. ¡Pero los miembros de la iglesia acudieron a apoyarme y me ayudaron de muchas maneras! Unos me trajeron comida y se quedaron a comer con nosotros, y nuestro pastor y su esposa nos visitaron con mucha frecuencia. El pastor hizo arreglos para tener la reunión del miércoles de noche en mi casa y no perder la bendición. Fue entonces cuando comencé a ver las bendiciones de Dios a través de mi incapacidad. Mi esposo a veces se unía a nosotros para el servicio de oración de media semana, y logró sentirse más cómodo con mi fe al conocer a los miembros de iglesia. Entonces una amiga me preguntó acerca de Dios, y tuve tiempo de estudiar la Biblia con ella. Al ver estas bendiciones, mi actitud hacia mi dolencia cambió.

Seis semanas después, cuando volví al hospital para que me quitaran el yeso, el doctor examinó mi rodilla nuevamente y me dijo que el hueso no había sufrido daño. No lo pudo explicar, pero me di cuenta que Dios había usado aquel accidente para cumplir un plan que tenía para mi vida.

Actitud de agradecimiento

Ahora agradezco a Dios cada día que me da. He aprendido que los problemas pueden ser bendiciones disfrazadas. Y que aun las cosas más sencillas son bendiciones de Dios. Oro para que mi esposo pueda ver el amor de Dios y su hermosura y se una a mí para adorar en la iglesia adventista.

Agradezco a Dios por los creyentes que han orado por mí, y los que me cuidaron, los que me amaron, aun cuando rehusé reconocer en mi vida. Y le doy gracias por mi pequeña iglesia, una iglesia que Misión Global plantó en nuestra pequeña ciudad. Pero más que nada, le doy gracias a Dios por cada miembro alrededor del mundo que se preocupa por otros y comparte el amor de Dios en su vida y a través de sus ofrendas. Dios los está usando para hacer una diferencia en la vida de alguien.

Datos importantes

☛ Nueva Zelanda se encuentra al suroeste de Australia. Consta de dos islas grandes y varias otras más pequeñas. La mayoría de los cuatro millones de personas de esa región del mundo viven en la North Island (Isla del Norte). La ciudad más grande, Auckland, tiene poco más de un millón de habitantes.

☛ Nueva Zelanda tiene un clima templado, tierra fértil y depósitos de minerales, y un estándar de vida elevado.

☛ Los colonizadores de Nueva Zelandia eran originalmente de Polinesia y llegaron a conocerse como los maoríes. Hoy forman menos de una décima parte de la población actual.